

Editorial

Terquedad política y responsabilidad histórica de ARENA y del FMLN

Los dos partidos grandes, a juzgar por sus actitudes, están determinados a llevar la confrontación política hasta sus últimas consecuencias. Desde hace ya algún tiempo la han adoptado como medio privilegiado para resolver sus diferencias sobre las cuestiones de la vida nacional que tratan. Los dos partidos pequeños de derecha se hacen eco de esta confrontación, mientras que el centro no tiene fuerza política como para hacerse sentir. La confrontación entre los partidos de derecha e izquierda sube de tono durante los largos periodos preelectorales —y el país se encuentra en uno de esos periodos largos, desde finales del año 2002, primero por las elecciones legislativas y municipales de marzo de 2003, inmediatamente después siguieron las presidenciales de marzo de 2004 y ahora vuelven otra vez las legislativas y municipales de marzo de 2006. De esta manera, el país ya lleva sumido en esta dinámica más de tres años seguidos, la cual impide que los políticos consideren con objetividad aquello que conviene al bien común. ARENA cuenta con la valiosa colaboración de las grandes empresas mediáticas para lanzar ataques de desgaste contra su adversario; mientras que el FMLN tiende a utilizar la protesta y el desorden callejeros con el mismo fin. Los dos aprovechan la plataforma que les brinda la Asamblea Legislativa para medir sus fuerzas y para lanzarse mutuas recriminaciones e insultos.

La raíz de esta nefasta estrategia de confrontación está en la dinámica electoral y en la guerra civil inconclusa. El poder que antes se disputaron con las armas, ahora se lo disputan en las urnas. En efecto, los dos partidos calculan desgastar a su adversario y, de esta forma, acumular votos a su favor, en las elecciones legislativas y municipales de 2006. Los dos luchan encarnizadamente por hacerse con el control de la próxima legislatura: ARENA para gobernar desde el poder ejecutivo sin ningún obstáculo, es decir, para ejercer un poder absoluto, y el FMLN para obligar a

aquél a aceptar sus propuestas políticas —o al menos, para asegurarse el veto, en las decisiones legislativas más importantes, de lo cual piensa derivar un importante poder para negociar con el poder ejecutivo. Por otro lado, no se puede descartar que el endurecimiento de las posiciones de este último partido, al extremo de parecer intransigente, obedezca, tal vez de una manera inconsciente, a la necesidad de justificar ante su voto duro la pérdida de las elecciones presidenciales de 2004 y su reducido poder para la maniobra política de oposición eficaz.

1. El ganar la guerra inconclusa está por encima del bien general

ARENA y el FMLN, los dos partidos grandes y, por eso mismo, los que tienen mayor responsabilidad social y política, en lugar de esforzarse por abrir espacios para el entendimiento y la concertación, necesitados de elementos que les proporcionen identidad, profundizan la polarización y el conflicto, los cuales, en no pocas ocasiones, desembocan en agresión verbal y callejera y, a veces, también en agresión física. En esto, no se diferencian de otros grupos o sectores sociales que también recurren a medios violentos para hacer prevalecer sus puntos de vista o para protestar. Dada la violencia social predominante, los dos partidos grandes debieran proponerse ser un ejemplo de cómo ventilar sus inevitables diferencias políticas y de cómo encontrar puntos de coincidencia para superarlas. Pero una postura ejemplar no es suficiente, porque han contraído una obligación irrenunciable con la ciudadanía que los eligió como sus representantes y a la cual, sus políticos dicen representar, al calor de sus frecuentes altercados. La verdad es que la intolerancia y la imposición que cultivan les impiden recoger y canalizar hacia el gobierno las demandas de esos mismos sectores sociales, a los cuales alegan representar.

La diferencia de puntos de vista es inevitable en cualquier régimen democrático y el salvadoreño no es la excepción. ARENA y el FMLN representan intereses, en principio contradictorios, pero no irreconciliables, si el bien general fuera su prioridad. ARENA, cuando no representa a un sector específico del gran capital, un hecho frecuente, suele privilegiar y defender a los grandes empresarios en general con menoscabo del resto de la sociedad. Está convencido de que cuando el capital prospera, el bienestar se expande en el resto de la sociedad. En cambio, el FMLN se adjudica la representación legítima, y a veces exclusiva, de los intereses populares, por tradición histórica y por su oposición radical al capitalismo. Ninguno de estos dos partidos puede trabajar por el bien general, desde los intereses divergentes que representan, porque en ellos predomina el afán por derrotar al adversario en las urnas y no la responsabilidad de hacer buen gobierno. Su prioridad es ganar la siguiente elección y no gobernar, es decir, atender las necesidades y demandas de la ciudadanía, canalizarlas y representarlas, hacia las instancias gubernamentales pertinentes, y velar para que la respuesta sea adecuada. En vez de ello, las demandas de la ciudadanía —y otras que los dos partidos le atribuyen de una forma arbitraria y festinada— son utilizadas, por uno y otro, como armas de guerra, en la carrera para ganar la siguiente elección.

Es así como los dos partidos no sólo optaron por la confrontación abierta, sino que, sin ambages, han reconocido que es parte fundamental de su nueva campaña electoral, sin importarles las consecuencias políticas y sociales. En este contexto, las coyunturas nacionales son utilizadas como oportunidades para intentar avanzar posiciones electorales.

En efecto, primero ARENA y luego el FMLN han dado por inauguradas sus respectivas campañas electorales. Para ambos es crucial el control de la Asamblea Legislativa y los gobiernos de los municipios más poblados. ARENA aspira a disminuir su dependencia de los dos partidos de derecha con los cuales hace mayoría simple e incluso a despojar al FMLN del veto legislativo y también de las alcaldías más importantes. Este, por su lado, aspira a recuperar el terreno perdido en la legislatura actual, es decir, a contar con mayoría simple, o al menos a retener el poder de veto —puesto en crisis por las deserciones de varios de sus diputados— con mayor margen de escaños, así como a conservar el poder municipal actual. La ley electoral, sin embargo, prohíbe la propaganda fuera del periodo establecido, esto es, dos meses antes de la elección de diputados y un mes antes de la de concejos municipales. Pero los dos partidos grandes —y también los pequeños, cuando así les conviene— se colocan por encima de las leyes con total impunidad. En este caso, se aprovechan del vacío de la legislación electoral, la cual no define con claridad qué deba entenderse por propaganda. Los partidos se escudan en el sofisma de que no piden el voto de forma expresa, pero su conducta está orientada a ello, sin ningún género de duda.

Así como ninguno ha tenido reparo alguno en anunciar de forma abierta y oficial el inicio de su campaña, tampoco las autoridades electorales, pese a haber una violación flagrante de la ley. En efecto, el Tribunal Supremo Electro-



ral parece estar más preocupado por satisfacer los intereses partidistas que los de la ciudadanía, ante la cual es garante formal de la justicia electoral. En contradicción con sus antecesores, los magistrados actuales no eliminaron del registro oficial a los partidos políticos que, en la última elección, no alcanzaron el mínimo de votos, exigido por la ley, con el falso argumento de evitar el bipartidismo, prohibido por la Constitución. La perversión de la institución es tal que uno de los magistrados que votó a favor de esta violación es miembro de uno de los partidos que debiera haber desaparecido. La misma integración del Tribunal adolece de ilegalidad, puesto que los magistrados actuales fueron elegidos por un mecanismo no previsto por la Constitución, para favorecer a los aliados de ARENA. De esta manera, uno de los organismos cruciales para velar por la institucionalidad del país, al administrar justicia electoral, acumula nuevas violaciones.

Estos hechos no son más que algunos ejemplos de la fuerza con la cual una dinámica electoral perversa invade e incluso determina el quehacer público, aun cuando falta más de un año para las próximas elecciones. Su fuerza es tan destructiva que desnaturaliza la función primordial de los partidos políticos, los cuales han dejado de representar y de trasladar a la arena política las opiniones y los intereses de la ciudadanía, que los eligió, precisamente, para que cumplieran con esta función. Este abandono es una fuente que alimenta las crisis de gobernabilidad y de legitimidad. El interés de los partidos por la competencia electoral sustituye así al interés social. De hecho, los candidatos para los cargos de elección nacional y local son seleccionados por su capacidad para ganar y no por sus habilidades para gobernar. Y como el país va de una elección a otra, sin solución de continuidad, los partidos se dedican casi de forma exclusiva a competir para ganarlas, mientras dejan abandonada a la ciudadanía, la cual debe buscar otras instancias que la representen y hagan oír sus demandas. Si los partidos asumieran esta responsabilidad, las crisis de gobernabilidad, derivadas de las divisiones sociales, podrían ser controladas o prevenidas con relativa facilidad. Al representar sólo los intereses de determinados sectores y no pocas veces los suyos propios —que suelen hacer pasar como interés general—, el camino para la ingobernabilidad y para la ilegitimidad queda despejado.

Esto es particularmente crítico en un partido de oposición como el FMLN, ya que aun cuando proclama defender la verdadera causa popular, la inmensa mayoría del pueblo no se siente representado por él ante el gobierno de ARENA, tal como lo muestran los resultados electorales y las encuestas de opinión pública del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA. Si el FMLN buscara, en realidad, el bienestar de la mayoría popular, debiera encontrar la forma para que sus demandas fueran escuchadas y satisfechas por el gobierno. ARENA, por la cuenta que le trae, también debiera mostrar una mayor disposición para encontrar solución a los problemas reales de la sociedad, de cuyo futuro dice ocuparse con exclusividad. Dado que ambos partidos representan sólo a determinados intereses sociales, es normal que las posturas que uno y otro adoptan ante los

desafíos de la realidad nacional, sean contradictorias. Ahora bien, un compromiso con el bien general debiera ser motivación suficiente para esforzarse por encontrar formas de diálogo y negociación eficaces.

La desnaturalización de los partidos, sin embargo, no hace desaparecer los intereses de la ciudadanía, sino que éstos buscan expresión en otras instancias, no institucionalizadas y sin la legitimidad del voto. Es así como la gente acude a algunas organizaciones no gubernamentales, las cuales tienden a actuar en paralelo a los partidos, e incluso recurre a medios desesperados contrarios al sistema político. No obstante su apertura y eficacia representativa, una señal inequívoca de una mejor cultura cívica, esas organizaciones son demasiado heterogéneas, ya que lo mismo representan los derechos civiles, sociales y económicos de la gente, que el medio ambiente y las especies en peligro de extinción. Al final, esa eficacia representativa es limitada, puesto que la decisión definitiva compete a los partidos. Aquí es donde suelen surgir alternativas contrarias al sistema. Las organizaciones no gubernamentales no deben sobrestimarse, ni tampoco ser sobrestimadas por su clientela, como reemplazo de los partidos políticos, en su papel de intermediación entre la sociedad y el Estado. Con todo, llenan el vacío dejado por el alejamiento de los partidos de la sociedad y, además, llaman su atención sobre las necesidades reales de la gente, de las cuales éstos no se suelen percatar. De esta manera, las elecciones, uno de los instrumentos democráticos por excelencia, en lugar de reforzar la gobernabilidad y la legitimidad, son ocasión para debilitarlas. Los partidos salvadoreños, incluidos ARENA y el FMLN, no parecen ser conscientes de las consecuencias políticas derivadas del abandono de la función que es su razón de ser.

Es inevitable, pues, que el desproporcionado interés electoral determine las relaciones entre el gobierno de ARENA y la oposición del FMLN. Pasadas las elecciones presidenciales de 2004, y al no contar con la mayoría legislativa, el nuevo presidente Saca buscó el diálogo con el FMLN. Pero no hay que llevarse a engaño, su propuesta no respondía a un interés genuino por consolidar la institucionalidad, la cual combina el presidencialismo con el multipartidismo; sino a que su partido no tenía control total del poder legislativo, cuya aquiescencia era indispensable para la aprobación del presupuesto del año 2005. Los presidentes salvadoreños, por lo general, una vez pasadas las elecciones, suelen buscar acercamientos con la oposición para demostrar a la ciudadanía su disposición a cumplir con sus promesas de campaña, las cuales incluyen el diálogo con ésta. En este contexto, el presidente Saca convocó a las mesas de concertación a diversos grupos políticos, sociales y económicos. Pero su apertura duró poco, tal como suele suceder, en estos casos, cuando el nuevo proceso electoral se avista, en el horizonte político. Es así como las relaciones cordiales del inicio de su gestión pronto se convirtieron en conflicto abierto.

Dada la violencia social predominante, los dos partidos grandes debieran proponerse ser un ejemplo de cómo ventilar sus inevitables diferencias políticas y de cómo encontrar puntos de coincidencia para superarlas. [...] La verdad es que la intolerancia y la imposición que cultivan les impiden recoger y canalizar hacia el gobierno las demandas de esos mismos sectores sociales, a los cuales alegan representar.

Por el otro lado, el FMLN tiene muy pocos incentivos para colaborar con el presidente Saca y ARENA, por las mismas razones electorales. De esta forma, a ambos, el conflicto abierto y sistemático les parece indispensable, puesto que aspiran a superar al otro en la cantidad de votos, y a que los dos piensan que ese es el mejor método para conseguirlo. Dado que, en la medida en que la gestión del presidente Saca sea exitosa, ARENA acumula votos potenciales, el FMLN no encuentra razones para facilitarle las cosas, sino que se esmera por colocarle todos los obstáculos a su disposición, aun cuando sus iniciativas sean positivas, al mismo tiempo que explota sus errores para sacar ventaja. En correspondencia con esta postura y por idéntica razón, cualquier iniciativa que provenga del FMLN, aun cuando sea ventajosa para la población, es rechazada al unísono y de manera tajante por el gobierno y por ARENA. Es decir, lo que menos interesa a los dos partidos grandes es el bienestar de la nación. Al parecer, la única forma en que ésta sea prioridad gubernamental es que los tres poderes sean controlados por el mismo partido, lo cual es improbable, dada la estructura institucional actual, supuesto, claro está, que el partido en cuestión sepa armonizar el interés particular con el general. Así, pues, el ciclo de relaciones de cooperación es de muy corta duración, debido a que el calendario electoral, en la práctica, coloca a los partidos políticos en campaña permanente. Por consiguiente, durante el año 2005 hasta marzo de 2006, la confrontación política y social, alimentada por la polarización extrema, será elevada, si es que no aumenta.

2. La lucha "democrática" también busca aniquilar al adversario

En la conmemoración de los acuerdos de 1992, el 16 de enero, el presidente Saca enfatizó el tópico de la irreversibilidad del proceso democrático salvadoreño. Aprovechó la fecha para subrayar su consolidación. Por consiguiente, rechazó el juicio de quienes advierten un retroceso sostenido, en los últimos años. Sin embargo, la celebración del aniversario de la firma de los acuerdos cuestiona este optimismo político, pues después de trece años, sus partes ya no se toleran. Prueba de ello es que tanto el gobierno de ARENA como el FMLN organizaron conmemoraciones separadas, ya que no son capaces de sentarse en la misma mesa a discutir los problemas nacionales de hoy. Así, lo que debiera ser una fiesta nacional, desde hace algunos años se ha convertido en una ocasión más

para atacarse mutuamente. Entre más próximas estén las elecciones, el tono de este ataque es más alto. Nada más lejos del espíritu de los acuerdos de 1992, que los dos conmemoran, aunque cabe reconocer que quienes ya no son capaces de comprometerse con el bienestar del pueblo salvadoreños no son los mismos que los firmaron. Entre éstos, el desacuerdo hubiera sido normal, hasta cierto punto.

De hecho, a lo largo del proceso de cumplimiento, hubo desacuerdos puntuales los cuales, al final, fueron superados por el consentimiento de las dos partes. Sin embargo, es particularmente grave que las dirigencias del FMLN y del gobierno no alcancen a ver más allá de sí mismas. Su cortedad de visión es otra muestra de cómo la polarización política, lejos de disminuir, ha resurgido con renovada fuerza y, de nuevo, ha colocado a ARENA y al FMLN en trincheras opuestas y, al parecer, insalvables. El abandono del FMLN de las mesas de concertación también admite esta clave de lectura. Pareciera que la sociedad roza otra vez los límites de la exclusión política, una prueba más del incuestionable retroceso del proceso político salvadoreño.

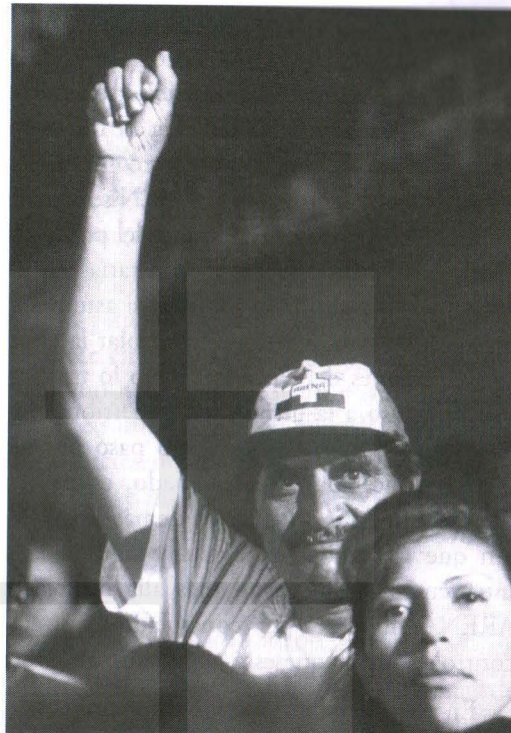
Otro ejemplo relevante, si no del retroceso, al menos del estancamiento del proceso político es la resistencia de los partidos a modificar el sistema de representación de los concejos municipales. Pretextando la inexistencia de condiciones favorables, los partidos persisten en mantener la representación mayoritaria. Las condiciones desfavorables se dan por el denso clima de confrontación, del cual ambos son protagonistas, pero sobre todo por la tendencia de los dos a ejercer el poder de forma autoritaria y absoluta. De ahí que aleguen que una representación proporcional en estos concejos dificultaría tomar decisiones. No parecen caer en la cuenta que, con esta postura, niegan la institucionalización de la oposición política en el gobierno local, con lo cual cierran la vía institucional para hacer oposición, en este nivel. Por consiguiente, las demandas no satisfechas y la protesta contra las alcaldías del FMLN se expresan en las calles con métodos violentos, idénticos a los que el FMLN utiliza para protestar contra las políticas nacionales del gobierno de ARENA. Este, por su lado, no sólo permite, sino que también patrocina estas protestas violentas contra los gobiernos municipales con el fin de obtener ventajas electorales. Esta permisividad de los dos partidos grandes es desleal para con la democracia. ARENA debiera condenar las protestas callejeras contra los gobiernos locales del FMLN con la misma firmeza con la que rechaza las de los sectores afines al FMLN contra el gobierno nacional. Una vez más, la ausencia de voluntad política y de espacios institucionales para encontrar acuerdos básicos es manifiesta. Si la hubiera, el FMLN no apoyaría los desórdenes callejeros, que protestan contra las políticas del gobierno central; tampoco ARENA recurriría a ellos para protestar contra los gobiernos locales. En la agenda de los dos partidos no figura el compromiso de canalizar la oposición por vías institucionales y pacíficas.

Para comprender este fenómeno hay que ir más allá del conflicto electoral, a la guerra civil inconclusa, porque ninguna de las dos fuerzas enfrentadas fue

derrotada, ni tampoco triunfó. La única derrotada fue la Fuerza Armada, la cual comprendió que para sobrevivir tenía que transformarse. En cambio, los dos frentes ideológicos enfrentados, y representados en ARENA y el FMLN, aunque pusieron fin al conflicto militar con los acuerdos de 1992, han continuado su guerra, pero dentro del sistema democrático. En las elecciones encuentran el medio para continuar el enfrentamiento y para derrotar, de una vez por todas, a su adversario histórico. Ninguno de los dos se conforma con menos que el poder total para consumir el triunfo postergado. Por eso, políticamente, el adversario es un obstáculo intolerable, que debe ser anulado. Las ideas, las actitudes y las conductas de ARENA y del FMLN no han experimentado mayor cambio después de 1992. Las reformas neoliberales le han dado a ARENA el control absoluto de los mecanismos de explotación económica; mientras tanto, el FMLN sigue pensando en la revolución y sus cambios radicales como alternativa social y política. Los papeles principales todavía los tienen los mismos actores de la guerra civil quienes, por diversas circunstancias, todavía son fuertes, en parte, alimentados por la misma dinámica de confrontación y las elecciones. Así, cada decisión política es una ocasión para subrayar sus divergencias y levantar obstáculos, con los cuales marcan sus territorios respectivos y refuerzan su identidad política, por encima de la necesidad de generar bienestar en el país.

La mentalidad guerrera trasluce en la actividad política de los dos partidos. ARENA desconoce, en la práctica, la existencia del multipartidismo e intenta actuar como si tuviera el control total del gobierno. Por elección popular, controla el poder ejecutivo y también el judicial, a través de alianzas en el legislativo, que le permiten colocar en las magistraturas de la Corte Suprema de Justicia a funcionarios afines a sus intereses, a quienes paga muy bien para que administren el sistema, no apegados a derecho, sino para velar por los intereses de quienes los han colocado en tan altos cargos, es decir, ARENA y los otros partidos de la derecha. Sin embargo y muy a su pesar, en la Asamblea Legislativa, ARENA sólo consigue mayoría en alianza con los otros dos partidos de derecha. Esa alianza, a veces, tiene un costo político y, sin duda, económico elevado. No obstante, el voto cualificado de los dos tercios aún lo retiene el FMLN. Así lo dispuso el legislador de 1983, el cual salió de las filas de ARENA. El propósito de esta disposición era evitar que la democracia cristiana, su gran adversario político de aquellos años, controlara los dos poderes. En aquel entonces, ARENA tenía el control de la Asamblea Legislativa, pero no el del poder ejecutivo, cuya labor se propuso entorpecer. Calculó que pronto controlaría también el poder ejecutivo y así tendría el poder total. Nunca pensó que este acomodo en exceso pragmático podía volverse en su contra, tal como le ha ocurrido en la actualidad. Argumentar, tal como lo hace ARENA, que la enorme cantidad de votos que obtuvo en la última elección presidencial le otorga autoridad para ejercer el poder de forma absoluta, es decir, que el poder legislativo debiera someterse a sus iniciativas, es errada, puesto que tanto el presidente Saca, en 2004, como los diputados del FMLN, en 2003, fueron elegidos por el mismo voto popular.

De todos modos, la derecha tiende a pensar que se trata de una dificultad pasajera, ya que en las próximas elecciones, el control del legislativo pasará a ARENA. Su expectativa se fundamenta en el conflicto y la subsiguiente desorganización interna del FMLN y en la elevada popularidad de Saca, por un lado, y en la campaña de constante desprestigio del FMLN, por el otro. ARENA considera esta campaña como un recurso clave de su estrategia de desgaste, que vincula el comportamiento de la dirigencia del FMLN con su insensibilidad ante las necesidades del país. Sus estrategias juzgan que el impacto positivo de la imagen del presidente es suficiente para desacreditar a la dirigencia de su



rival. La primera gran ofensiva fue a propósito de la negativa del FMLN a aprobar el nuevo endeudamiento del país para financiar el presupuesto del año 2005 y la ratificación del tratado de libre comercio con Estados Unidos. ARENA aprovechó la ocasión para subrayar el extremismo de la dirigencia de dicho partido, pues cuenta con que le restará votos. Si sus expectativas electorales se cumplieran, en 2006, la crisis desaparecería y ARENA sólo tendría que negociar con los dos partidos de la derecha, más dóciles a sus deseos. Pero para ello, el voto tendría que ser mayoritariamente favorable a ARENA y sus dos aliados tendrían que tener un desempeño electoral muy superior al actual. De ahí el interés para que estos dos partidos permanezcan en el registro y de otorgar a uno de ellos un puesto, que no le correspondía, en la dirección del Tribunal Supremo Electoral. La derecha, y ARENA, en particular, está muy interesada en acumular poder en las instituciones para asegurar su victoria en las próximas elecciones. Es cuestionable, sin embargo, que estas maniobras políticas ilegales arrojen unos resultados que satisfagan sus expectativas.

El FMLN, por su lado, adopta posturas como si hubiera ganado las elecciones de 2004 y, de hecho, controlara el poder ejecutivo, todo ello a partir de los dos tercios que representa en el legislativo y del caudal de votos que captó, el mayor de toda su historia. Desde su limitado, y últimamente diezmado, poder legislativo, intenta imponer su voluntad al poder ejecutivo, en concreto, cuando éste necesita de los dos tercios con urgencia, como es el caso de la aproba-

ción del presupuesto nacional de este año. Por lo general, sus exigencias son desproporcionadas, en relación con su poder real, tal como ha podido experimentarlo con amargura. Sus exigencias son más desproporcionadas a medida que las elecciones se aproximan. En lugar de dar seguimiento a las políticas gubernamentales y de controlar con más rigor y constancia sus actuaciones, tal como corresponde a un partido de oposición, el FMLN se agota en presentar una propuesta de ley tras otra, como si estuviera al frente del poder ejecutivo. En su afán por gobernar, se queda solo y sin apoyos. Encontraría más respaldo y podría hacer alianzas con otras fuerzas políticas y sociales, si asumiera su papel de partido de la oposición más grande y se dedicara a controlar la constitucionalidad de la legislación y de las actuaciones del ejecutivo. Pero lo traiciona su ambición de poder. Tan es así que se opuso a la última reforma tributaria, porque sus iniciativas fueron dejadas de lado por ARENA; pero pasó por alto los enormes problemas prácticos que su aplicación ha ocasionado, entre otros, a uno de los sectores que dice representar. Al igual que los demás legisladores, los diputados del FMLN piensan que la realidad se ajusta y sigue a la ley, a pie juntillas. De ahí que sus intervenciones no vayan más allá de los formalismos legales. Es evidente que ARENA no desea ser controlado, pero también lo es que el FMLN no lo controla, puesto que está empeñado en gobernar.

En el poder local de los municipios, el FMLN también ejerce el poder de manera absoluta, aunque con fundamento, puesto que los concejos municipales son monocolor. La confrontación exitosa con el poder ejecutivo de ARENA, desde una posición legislativa sólida, exige superar la antigua alianza de ARENA con el Partido de Conciliación Nacional. De lo contrario, el FMLN no tiene ninguna posibilidad de tener mayoría legislativa y su poder de oposición seguirá siendo reducido —el veto, en algunas decisiones cruciales y no por muchos votos. Contar con más diputados que ARENA y sus aliados juntos, supondría que el FMLN tendría que recibir una considerable cantidad de votos, en casi todos los departamentos. El limitado poder político que ejerce, en la actualidad, es otra razón que puede estar empujando a su dirigencia a abandonar los canales institucionales y a adoptar posturas radicales, de mayor confrontación, para hacer sentir su fuerza desde la calle con los restos del movimiento social.

Todo parece indicar, sin embargo, que las metas electorales del FMLN no serán fáciles de alcanzar. Ha probado tener serias dificultades para convencer a la opinión pública de la justeza de sus reservas ante las políticas del gobierno de ARENA. Hasta ahora, no ha sabido explicar con claridad las razones por las cuales se opone a las políticas gubernamentales, en concreto, al presupuesto de 2005. Por ahora, tiene perdida la batalla, en estas esferas tan vitales de la vida nacional. Es decir, la incomprensión y la condena de su terca oposición deben bastante a su incapacidad para presentar sus posturas con mediana claridad y convicción. El FMLN no puede argumentar con la ignorancia de la opinión pública, porque ésta no avala sin más las decisiones del gobierno de ARENA. Así, por ejemplo, una buena parte piensa que las mesas de diálogo convocadas

por el presidente Saca no son más que propaganda electoral; pero, de la misma manera, la mayoría tampoco aprueba la decisión del FMLN de abandonarlas. El FMLN ha tratado estas cuestiones con cierta torpeza. En este contexto ha ideado una nueva estrategia, que consiste en informar la verdad acerca del gobierno de ARENA, casa por casa. Confía en que la capacidad de análisis de la opinión pública, lo favorecerá, en las elecciones de 2006. Lo que no está claro es si sus militantes pueden influir en los electores potenciales.

La fuerza social y política de ARENA y del FMLN no se fundamenta en lo que cada uno hace a favor del bien de la generalidad, sino en la debilidad y en las dificultades del otro. Así, ARENA crece en las urnas a medida que el FMLN es percibido como incapaz para el gobierno nacional, pero con posibilidades de alcanzarlo. En cambio, el FMLN crece en las urnas a medida que ARENA gobierna de manera excluyente y arrogante. Es interesante observar que este dinamismo de polarización ha llevado al estancamiento, e incluso al retroceso, de la transición democrática, ya que los cambios ocurridos desde 1992, son más de forma que de realidad.

3. La moderación política es la alternativa a la confrontación

ARENA parece disfrutar con las dificultades internas del FMLN, algunas de las cuales, sin duda, son obra suya. Su obsesión le impide comprender que su suerte depende intrínsecamente de la del FMLN, pues a él y a nadie más le debe su origen histórico. Si no hubiera habido FMLN, tampoco habría habido ARENA. Al igual que en su origen, la fuerza del discurso de ARENA continúa siendo el presunto comunismo socializante del FMLN. Más allá de su anticomunismo visceral, tiene muy poco que ofrecer. Así, pues, su identidad está construida, y se sostiene, en referencia y oposición total al FMLN. Los dos partidos son el uno para el otro y quizás esto explique sus coincidencias que, como es natural, ninguno de ellos está dispuesto a reconocer. Dada su dependencia, mejor haría ARENA en preocuparse por la salud del FMLN, ya que éste no sólo le es muy útil, sino tam-



bién necesario; aparte que como principal partido de la oposición, constituye un elemento fundamental para el equilibrio político del sistema.

Pero esto no es todo. Por paradójico que pudiera parecer, ARENA tiene en su poder la clave para moderar al FMLN. En la medida en que baje el tono de su discurso anticomunista, el FMLN reducirá el suyo sobre el capitalismo. ARENA no debiera olvidar que la clave de su éxito electoral radica en que la ideología de la mayor parte de la ciudadanía se encuentra entre el centro y la derecha. Pero su conservación depende de la existencia del FMLN y de la firmeza de su oposición. Si el FMLN se llegara a desintegrar, esa inclinación hacia la derecha se desmoronaría pronto. Por el otro lado, si el FMLN se plantea con seriedad un desempeño exitoso en las elecciones de 2006, necesita más votos que ARENA, y no los conseguirá con más radicalización, pues deberá competir por los votos de esa mayoría que se identifica con las posiciones que se encuentran entre el centro y la derecha. La dirigencia del partido debió haber aprendido ya esta valiosa lección, en las elecciones de 2004. O sea, el FMLN, para ganar, debe moderarse.

ARENA puede acelerar este proceso de moderación, con lo cual, al mismo tiempo que contribuye a la institucionalidad y a la gobernabilidad, conservaría una oposición real y fuerte, de la cual deriva su razón de ser. Sin embargo, esto sólo será posible si ARENA también adopta posturas más moderadas, lo cual pasa por ampliar los grupos y las personas favorecidas por sus políticas. En otras palabras, a ARENA le es de vital importancia adoptar políticas más inclusivas. Debiera comprender que en ello no sólo se juega su futuro como tal, sino también el del sistema social y político. Un desplazamiento de ARENA hacia la moderación obligaría al FMLN a plantearse el dilema de radicalizarse, a costa de perder más poder político, o moderarse y estar en condiciones mucho más ventajosas y realistas para disputar el poder a ARENA. Por ahora, estos dos partidos están convencidos de que su futuro está en el extremismo y la confrontación.

No hay que hacerse falsas ilusiones, porque, de momento, ARENA no ha sido un partido que se haya caracterizado por la moderación, quizás por temor a la moderación del FMLN, la cual sacaría a luz el fracaso de su modelo económico y social. Además, ARENA no concibe estar en la oposición, porque teme que un gobierno del FMLN ponga fin a los privilegios de los grandes empresarios, ya sea desde el ejecutivo o desde una oposición legislativa eficaz. Ninguno de los dos partidos debe olvidar que la moderación otorgaría la tan necesaria estabilidad al sistema político y, al mismo tiempo, permitiría a los partidos políticos concentrarse en la consecución del bien común. Ya es hora de que los privilegiados por las políticas de ARENA —al igual que cuando decidieron poner fin a la guerra civil— consideren con objetividad y cierto sentido de realismo que, a mediano y largo plazo, la moderación es más rentable para sus negocios. El FMLN, por su lado, también debiera considerar con responsabilidad social y realismo político que por la vía de la confrontación y del radicalismo extremo, corre el riesgo de ser cada vez menos oposición política. Pero para eso, ambos debieran abandonar el esquema de la guerra civil inconclusa.

El poder absoluto que tanto añora ARENA, en gran medida por egoísmo, es muy arriesgado, porque con facilidad crea desequilibrios indeseables, al mismo tiempo que, por su naturaleza, estimula la oposición desde fuera del sistema, la cual puede llegar a poner en peligro su estabilidad. Por eso, su estrategia de aplastar por completo al FMLN para gozar de un poder absoluto es equivocada. La oposición es necesaria para los contrapesos y equilibrios, lo cual también es válido para las pretensiones de poder del FMLN y para la composición de los concejos municipales. Aparte que el método empleado por ARENA para aplastar al FMLN es de legalidad dudosa. El partido de gobierno confía todavía en poder manejar la situación, a través de una combinación de pequeñas acciones de poco impacto —fuerte gasto social ahí donde la pobreza es más aguda, préstamos y donaciones, remesas, publicidad, golpes de buena suerte como el tratado de libre comercio o inversiones nuevas y voluminosas, responsabilidad social de los empresarios y aumentos tímidos de la recaudación fiscal—, pero la situación es tan precaria que, en cualquier momento, puede perder su control.

Derecha e izquierda son términos de uso común en la confrontación que ARENA y el FMLN protagonizan, pero que han trascendido al debate público para descalificar a quien piensa de manera distinta o para aprobar a quien piensa de la misma manera. En el mundo político salvadoreño estos calificativos son títulos de gloria o de insulto e incluso de provocación. En el contexto actual, por lo general, lo político y socialmente correcto es ser de derecha; la izquierda, por el contrario, es vista con sospecha y desconfianza. Quien se atreve a criticar al gobierno de ARENA, a las empresas mediáticas o propone visiones alternativas a las que estos pregonan es considerado de izquierda y, por consiguiente, sus posturas son reprobables sin mayor discusión, ya que están asociadas a la violencia política y callejera, a los grupos políticos militares de la guerra civil, al secuestro y al asesinato de alcaldes, es decir, al FMLN, aun cuando no se mantenga ninguna relación con él. No obstante que la derecha está asociada a la oligarquía y al gran capital, al ejército y a las violaciones de los derechos humanos, cometidas durante la guerra civil, y también a los escuadrones de la muerte, sus posturas son, por lo común, bien vistas e incluso aplaudidas.

La fuerza social y política de ARENA y del FMLN no se fundamenta en lo que cada uno hace a favor del bien de la generalidad, sino en la debilidad y en las dificultades del otro. Así, ARENA crece en las urnas a medida que el FMLN es percibido como incapaz para el gobierno nacional, pero con posibilidades de alcanzarlo. En cambio, el FMLN crece en las urnas a medida que ARENA gobierna de manera excluyente y arrogante.

La polarización carga con un intenso contenido emocional a estas dos denominaciones excluyentes de derecha e izquierda, cuyo significado, aunque parece

ser claro para quienes los usan, mezcla contenidos equívocos. Su uso libre no sólo en el ámbito político, sino también en el social y familiar, se facilita por su utilidad para comprender la realidad nacional. La confrontación predominante carga de emotividad y pasión a ambos términos, con lo cual enfatiza su naturaleza irreconciliable. Para quien se considera de derecha, los demás también deben serlo; otro tanto sucede para quien se considera de izquierda. Al endilgar a quien no lo es el calificativo contrario, sin mayor análisis o consideración, se lanza un juicio condenatorio, lo cual genera nuevos motivos para la confrontación. Explicitar qué significa derecha e izquierda, en este contexto, puede contribuir a razonar lo que estas dos posiciones pueden representar —tal como lo sugiere José I. González Faus, en su aproximación a estos términos.

La derecha, en general, y su expresión política más destacada, ARENA, en particular, suelen enfatizar la dificultad de transformar la realidad nacional y, por consiguiente, el enorme esfuerzo que es necesario invertir para conseguirlo. Sin embargo, su responsabilidad es muy egoísta. Algunas veces no es solidaria, otras es dominadora. En cambio, la izquierda, en general, y su representante más destacado, el FMLN, en particular, se caracterizan por un gran sentido de la solidaridad. Por eso, proponen integrar e igualar las diferencias sociales. Pero, por otro lado, son muy dados a la improvisación y a la comodidad. Con relativa facilidad rehúyen la dificultad y el esfuerzo paciente. Por eso, sus grandes planes solidarios no se concretan.

ARENA exalta los valores, pero los considera un medio para conseguir más privilegios; mientras tanto, el FMLN, los manipula para acomodarlos a sus deseos, con lo cual los desnaturaliza. El primero, por ejemplo, se presenta como el abanderado de la libertad, pero sólo la invoca para beneficiar al gran capital y a los afiliados y simpatizantes del partido. El FMLN también es gran defensor de la libertad, pero la destroza, al confundirla con la irresponsabilidad. Los dos aman la vida. Pero ARENA es más proclive a las medidas represivas, incluida la tortura y la pena de muerte, porque piensa que no existe mejor manera para garantizar la seguridad. El FMLN, por su lado, al creer que tiene la vida en sus manos, pasa por alto su misterio sobrecogedor y el respeto que le debe. Los militantes y dirigentes de ARENA, por lo general, creen en Dios, pero se lo imaginan autoritario, aunque se consuelan creyendo que están en buenos términos con él. Cuando no creen en Dios, lo sustituyen por ídolos como el nacionalismo y el patriotismo desenfrenados. Los militantes y dirigentes del FMLN que creen en Dios, suelen fabricárselo a la medida de sus necesidades y deseos. Aquellos que no creen, lo sustituyen por el dogma de alguna armonía preestablecida de la realidad, lo cual los suele llevar a aceptar ingenuidades como la revolución inminente o la posibilidad de construir el paraíso en la tierra. La izquierda suele estar tan convencida de que su posición es la única correcta, que desconoce dificultades y limitaciones naturales y humanas. La derecha, en cambio, procura aprovecharse de ellas.

La preferencia por el autoritarismo y las medidas represivas es evidente en ARENA. Lo grave es la sociedad que las acepta como procedimiento normal, porque también piensa que es la única forma de garantizar la ley y el orden. Pero con ello, ambos debilitan la institucionalidad y el sistema democrático y hacen poco menos que imposible la gobernabilidad y la legitimidad. En una sociedad violenta con poca o ninguna experiencia de medios pacíficos para superar las diferencias, el autoritarismo y la represión son considerados el precio a pagar por la seguridad ciudadana y por cierto bienestar. Si el FMLN llegara al poder, tendería a la degradación, lo cual ya ocurre en algunas de las municipalidades que administra. Un concejo municipal con representación proporcional haría más difícil el abuso y la corrupción. La Nicaragua revolucionaria de los sandinistas es una experiencia que no debiera ser olvidada, ni idealizada. Los buenos deseos del FMLN son ineficaces, porque no está dispuesto a pagar el precio de llevarlos a la práctica. Su impaciencia histórica y, en el fondo, su desconfianza en la gente, lo llevan también a preferir el autoritarismo. ARENA prefiere ejercer el poder de forma autoritaria, porque parte del supuesto de que la gente es irresponsable, exige derechos y privilegios, pero se olvida de sus obligaciones. Otro prejuicio muy arraigado en él es que sin represión, la sociedad corre grave peligro. Así se explican su resistencia para disolver los antiguos cuerpos de seguridad y el carácter militarista que ha impreso en la nueva policía. El FMLN también muestra la misma tendencia al autoritarismo sin ningún escrúpulo, porque el egoísmo y la poca solidaridad de la gente pondrían en peligro sus planes de bienestar general y con ellos frustrarían la causa revolucionaria.

Ninguno de los dos partidos debe olvidar que la moderación otorgaría la tan necesaria estabilidad al sistema político y, al mismo tiempo, permitiría a los partidos políticos concentrarse en la consecución del bien común.

ARENA es más consciente que el FMLN de las dificultades y limitaciones naturales y humanas, pero las evade, con lo cual provoca la ira de este último, y con sobrada razón. Por eso, no puede ir muy lejos con sus planteamientos sobre el desarrollo y el bienestar de la sociedad. En el otro extremo, la ligereza con la que suele actuar el FMLN hace que ARENA lo menosprecie. Al no comprender los obstáculos de la naturaleza y la humanidad, tampoco llega lejos con su utopía de integración e igualdad. En el mejor de los casos, sus logros suelen ser muy reducidos. Para ocultar la realidad de sus propuestas y sus preferencias por el capital, ARENA ha acostumbrado a la sociedad a la mentira pública, a la cual la repetición convierte en verdad, y también a reemplazar los argumentos razonados y las respuestas concretas por la demagogia. También el FMLN se queda corto en el cumplimiento de sus grandes promesas pero, para no dar paso a la decepción y el desencanto de la gente, encubre su fracaso con reivindicaciones aparentes con menoscabo de la solidaridad con las víctimas.

Aunque esta doble caracterización no se da químicamente pura, describe con bastante nitidez dónde se encuentran ARENA y el FMLN, los dos actores principales de la polarización. Por muy contrarias y extremistas que sus respectivas posiciones puedan parecer, la experiencia enseña que el acercamiento e incluso la colaboración conjunta son posibles, siempre y cuando ambos tengan capacidad y honestidad mínimas para reconocer sin reticencias sus límites y sus defectos. La solución de este dilema no está en un centro que pretenda la equidistancia entre los extremos o que recorte las demandas irrenunciables de la población, sino en la integración de las fortalezas de cada una de estas posturas. Esto sólo es posible si ambas aprenden a mirar más allá de ellas mismas y a no despreciar la postura contraria. Cada fuerza política debe convencerse que la otra no es la encarnación del mal absoluto, por lo cual debe ser aborrecida, ni siquiera cuando manifiesta lo peor de sí misma. Para ello existe una sola razón poderosa, el bienestar de la población que ambas representan y hacia la cual tienen obligaciones.

Por eso, las dos deben comprender que se necesitan mutuamente, pero no por simples razones de supervivencia partidaria o electoral, sino porque las virtudes de la otra son necesarias para avanzar hacia la humanización de la política y de la sociedad. La experiencia demuestra que al permanecer en su terquedad y no unir sus esfuerzos, a partir de las fortalezas de cada una, la convivencia degenera en confrontación y en mal vivir. Con todo, si ARENA y el FMLN consideran que aún no están preparados para dar esos pasos, al menos debieran convencerse de la tremenda responsabilidad histórica de su terquedad política.

San Salvador, 11 de febrero de 2005.